

La historia nos muestra que a medida que el capitalismo se extiende y profundiza, las condiciones sociales y ambientales sufren un vuelco: a la vez que desata capacidades insospechadas, discurre de manera destructiva y violenta. Conviene no cerrar los ojos a la idea marxiana de que el capitalismo genera esta dinámica contradictoria.

Es cierto que, mientras fluyen las mercaderías y el mercader ejerce su poder embaucador, es difícil percibir el precio real que hay que pagar por lo que se ofrece envuelto en oropeles. Pero cuando los acontecimientos empiezan a sembrar dudas, como en el momento presente, surge la oportunidad de ver las cosas de otra manera. Es entonces cuando se cree al niño que grita que el rey está desnudo.

El mercado se ha convertido en el eje articulador de la vida social. Abandonó con el capitalismo el simple papel de institución que facilita el intercambio y amplió su influencia a costa de arrebatar a otras instancias la capacidad de organizar la sociedad. Afirma Polanyi: “El mercado es un buen sirviente, pero un pésimo amo”, advirtiendo del riesgo de dislocación social que se origina cuando reina incontestado.

La expansión progresiva del mercado no ha supuesto únicamente una confrontación con otras organizaciones alternativas en la lucha por ejercer el poder. El mercado también se ha enfrentado a lo largo del tiempo a agrupaciones de individuos que ni siquiera trataban de disputar dicho poder, sino simplemente de defenderse debido a que su implantación les obligaba a renunciar a formas tradicionales de vida y les infringía elevados costes de desarraigo y una enorme inseguridad vital. La acción resistente a lo largo de la historia de comunidades, cofradías,

mutualidades, fraternidades, gremios, sindicatos, ha sido la manifestación más patente de la existencia de estos conflictos sociales.

El ecologismo representa también una reacción frente a las amenazas que se derivan del sistema económico. El productivismo y el consumismo minan las condiciones que permiten el desarrollo y la reproducción de la vida humana en la tierra. El deterioro de la naturaleza que provoca la expansión de la actividad económica por todos los lugares del mundo genera, también por todas partes, protestas y resistencias de sectores sociales y poblaciones enteras que ven amenazadas las condiciones materiales de su existencia. Pero los estilos de vida actuales destruyen también los ecosistemas que las futuras generaciones ya no podrán disfrutar, y ocupan cada vez más espacio arrinconando y eliminando a otras especies. Late ahí, pues, un conflicto ambiental que no se desarrolla únicamente entre los miembros de la especie humana perteneciente a una misma generación.

Surge así planteada, como el problema político clave del incipiente siglo XXI, la cuestión de la justicia social y ambiental, a escala local y global. Un aspecto crucial en la organización de cualquier sociedad es cómo se reparten los recursos y la riqueza disponible, y cómo se distribuyen los costes sociales y ecológicos asociados a su obtención y uso. El Especial de este número intenta aproximarse a este debate.

Joan Martínez Alier señala que los conflictos ambientales surgen del enfrentamiento existente entre la evolución de la economía y el medio ambiente. La “economía ecológica” –que contempla el proceso en términos de metabolismo– nos ayuda a comprender este enfrentamiento. A su vez, la “ecología política” muestra los conflictos distributivos que brotan del comercio ecológicamente desigual, la deuda ecológica del Norte con el Sur, los pasivos ambientales de las empresas, las bioinvasiones o la biopiratería. En consecuencia, si vemos las economías desde el enfoque del «metabolismo social», podremos percibir más claramente cómo –según el «perfil metabólico» de cada economía– se generan y manifiestan los diversos conflictos ambientales. Las luchas y resistencias que se enmarcan en ellos forman parte de lo que Alier llama “ecologismo popular”, “ecologismo de los pobres” o “movimiento de justicia ambiental”. Son resistencias, locales y globales, contra el abuso de la naturaleza y la pérdida de vidas humanas que, expresándose en distintos lenguajes, contribuyen a sacar a la luz pública los daños socioecológicos.

Pero este activismo social no está exento de dificultades. La aportación de José Vicente Barcia denuncia la persecución a la que se encuentra sometido el movimiento por la justicia ambiental. Cuando el poder económico ve comprometidos sus intereses, se inicia una estrategia de represión que –a través de diversas fórmulas: estigmatizar al denunciante, culpabilizar a la víctima, neutralizar el discurso o, directamente, criminalizar al resistente– conduce a deslegitimar socialmente al movimiento y la causa ecologista.

Con Joan Benach, Montse Vergara y Carles Muntaner nos introducimos en lo que constituye el núcleo incuestionable de la idea de justicia: la igualdad. Ello lleva a rechazar cualquier desigualdad con origen en diferencias biológicas (sexo, color de la piel, talentos naturales) o sociales (el lugar de nacimiento o la clase social), y sólo a admitir aquellas que son el resultado de acciones que son elegidas responsablemente. El capitalismo se traduce en un desigual acceso a la riqueza y en un reparto también profundamente asimétrico de los costes sociales y ambientales, lo que supone distribuciones incompatibles con la tesis «ninguna desigualdad sin responsabilidad». Le gustaba señalar al economista recientemente fallecido, David Anisi, que todos los individuos parten de una igualdad básica: disponer de un día que para todos tiene el mismo número de horas. Sólo el ejercicio del poder permite a algunos apropiarse del tiempo de los demás. Y por eso la manifestación más descarnada del dominio sobre un ser humano es la de disponer de su vida. Estamos lejos de ser iguales en presencia de la salud y de la muerte. Hay vidas truncadas por la desigualdad. Por ser evitable, esa muerte prematura es una injusticia. Por ello la desigualdad importante no es la de la mortalidad, sino la de la mortalidad eludible.

Una de las causas de la desigualdad es el racismo institucionalizado en una sociedad. En la sección Panorama, Edoardo Bazzaco, responsable del informe que elabora anualmente la organización SOS Racismo, analiza la naturaleza racista de la normativa con la que se pretende regular el flujo de inmigrantes en nuestro país y el racismo social que aún impera en relación con la población gitana. Las migraciones constituyen un elemento crucial de la realidad actual al que dedicaremos el próximo Especial de la revista. El colectivo loé anticipa en este número, a través del Periscopio, una visión de las dimensiones del fenómeno en nuestro país y de los impactos y retos que plantean para la cohesión social.

Carlos Gómez Gil ofrece –también en la sección Panorama– unos apuntes sobre los riesgos y desafíos que deben afrontar las ciudades contemporáneas en relación con la globalización. El tipo de inserción que se logre y las políticas urbanas de cohesión que se adopten, constituyen los elementos centrales de una estrategia preocupada por evitar las fracturas y las dualidades sociales que el carácter sesgado de la globalización está produciendo en las ciudades. Se cierra este apartado de la revista con una contribución de Carlos Taibo, quien proporciona valiosas claves para comprender los oscuros acontecimientos de la guerra acaecida en el Cáucaso el pasado agosto y los papeles en ella desempeñados por Rusia y los EE.UU.

Con las secciones Entrevista y Diálogo se retoma, en cierto modo, el hilo que ha motivado el Especial. En la entrevista que Salvador López Arnal realiza a Federico Aguilera acerca de la necesidad de una nueva cultura del agua, se señala que en el origen de muchos de los conflictos que surgen en torno a la gestión de éste y otros recursos se encuentra, además de una lógica económica depredadora, unas estructuras de decisión política autorita-

rias que, conniventes con los intereses económicos, no solamente deterioran la naturaleza, sino también, como es evidente, a la propia democracia. En el Diálogo se muestran posiciones diferenciadas en la interpretación de las múltiples causas que, entrelazadas, provocaron recientemente una crisis mundial alimentaria de trágicas consecuencias para millones de personas.

La revista se cierra, como es habitual, con las reseñas de una selección de libros que, a buen seguro, permitirán continuar la reflexión sobre los temas aquí tratados.

Santiago Álvarez Cantalapedra
Director